

veniencias oratorias, todo debe ir estudiado, dispuesto y ordenado de suerte que el orador sea escuchado con inteligencia, gusto y docilidad: *Ut intelligenter, ut libenter, ut obedienter audiatur* (1).

## CAPÍTULO X

### DISPOSICIONES DEL ALMA Y AUXILIOS DIVINOS

Tenéis ya bien trabajado el papel, todo está previsto y dispuesto para conseguir el apetecido resultado; y no obstante, ni el atractivo ni el poder de vuestra palabra os asegura la obediencia de las almas, si, á la vez que vuestra lengua, no predica vuestra vida. «Por grande que sea la elocuencia del que enseña, más autoridad tiene su vida que su voz para imponer dócil atención á los que escuchan: *Habet, ut obedienter audiatur quantacumque granditate dictionis, magnum pondus vita docentis*» (1).

Mirad, pues, por las disposiciones de vuestra alma; manifiéstense esas disposiciones en costumbres irrepreensibles, y virtudes perfectas propias de un apóstol. Condición es de la elocuencia no tener que echarse uno en cara á sí mismo, y no exponerse á que se lo echen los demás: *Gran-*

(1) Lib. IV, *De Doctr. christiana*, IV.

(1) S. Aug., *De Doctr. christ.*, lib. IV, xxvii.

*diter dicit qui non contemptibiliter vivit* (1).—Si en toda elocuencia pasa esto, mucho más en la que tiene por fin ilustrar las almas dándoles á conocer y gustar la palabra de Dios, corregirlas de sus vicios, defectos é imperfecciones, excitarlas á los nobles combates de la virtud, mostrarles el camino del Cielo y disponerlas para la inefable y eterna recompensa que Dios promete á sus elegidos.

Cuanto más indigna sea vuestra vida, más presa se hallará vuestra palabra é incapaz de esos santos transportes que emocionan y convierten las almas. «Al pecador, dijo Dios: ¿Por qué tu hablas de mis mandamientos y tomas en boca mi alianza, cuando aborreces mi ley en tu conducta y te echaste al trezado mis palabras?» (2). ¿Tendréis valor para tronar contra pecados, vicios y hábitos admitidos por vosotros en vuestra alma? ¿y para proscribir y reprobar pasiones de que estáis vosotros siendo triste víctima? ¿é inspirar temor de los juicios de Dios que os condenan, y terror de castigos que vosotros merecéis? ¿y hacer apología de virtudes cuya práctica en nada procuráis? ¿y animar á las almas á ir adelante en el progreso

(1) S. Aug. *De Doct. christ.*, lib. IV, xxvii.

(2) «*Peccatori autem dixit Deus: Quare tu enarras justitias meas et testamentum meum per os tuum? Tu vero odisti disciplinam et projecisti sermones meos retrorsum.*» (Ps. 49).

espiritual, cuando vosotros miserablemente os resolvéis en el atolladero de una vida tibia y deshonrada con mil imperfecciones? Y suponiendo tengáis ese valor, ó mejor dicho osadía, ¿podréis dar á vuestra palabra acento de sinceridad bastante para disimular que ejercéis en suma vulgar oficio de hablador?

No sólo cohibe vuestra palabra una vida estragada por el pecado, sino que la rebaja en estimación de aquellos á quienes os dirigís: Aunque pongáis esmero en disfrazaros, siempre aparecerá de algún modo lo que sois; y por más que el Salvador enseñó al pueblo á escuchar á los doctores sin imitar sus obras, es vicio de toda gente alegar los defectos del que enseña, en abono de sus propias resistencias, respondiendo á las saludables reconvenciones y prescripciones de aquel: *Medice, cura te ipsum.*

Luego si queréis purificar á los demás, purificaos vosotros, según os amonesta San Gregorio Magno: *Oportet prius mundari quam mundare.* Aun procurando no contristar en vosotros al Espíritu Santo con pecados graves, no empecéis nunca una predicación sin humillaros profundamente en la divina presencia, implorando mediante la penitencia sacramental y extrasacramental, á la vez que perdón de vuestras culpas, la insigne gracia de no ser, con vuestra conducta,

obstáculo á la conversión y salvación del prójimo.

Muy bien está que la imperfección de vuestras obras no malogre y desautorice la palabra que anunciáis, pero hay algo mejor, y es: que vuestra piedad, pureza de costumbres y ejemplo de virtud os sirvan de recomendación á vosotros y de atractivo á los fieles. Si sois jóvenes, os faltarán los prestigios de la edad, de la experiencia y de un largo, brillante y fructuoso ministerio. No importa; nadie despreciará los pocos años, si, como encarga el Apóstol á su discípulo Timoteo, edificáis con la formalidad y discreción de vuestro hablar, porte y modo de vida, caridad, fe y castidad (1). Por lo demás, aunque reunieseis todos los prestigios humanos, no igualaría ninguno al de vuestras virtudes. San Gregorio dice que «más se imponen los predicadores á la atención de los pueblos con sus hechos que con su voz, y más eficaz es el ejemplo de santidad que en pos lleva las almas, que los discursos que muestran el camino del Cielo. No reclutarán combatientes para las luchas de la vida cristiana, sin practicar primero lo que predicán» (2). Ejemplo les ha dado el divino Capitán de esta milicia, que «comenzó á

(1) «*Nemo adolescentiam tuam contemnat; sed exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in charitate, in fide, in castitate.*» (I Tim. IV, 12.)

(2) «*Prædicator quisque plus actibus quam vocibus insonet, et*

obrar antes que á enseñar: *Cæpit Jesus facere et docere*» (1).—Tenéis por misión dar á conocer y amar á Jesucristo, someter á su doctrina las inteligencias y las voluntades á su ley: ¿qué mejor medio que imitarle, revestiros y penetraros de El? Pedid, pues, á Dios la gracia de identificaros con sus sentimientos: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* (2), y manifestar, hasta en vuestra carne mortal, la perfección de su santa vida: *Ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali* (3).

Entraréis en los sentimientos de Jesucristo purificando vuestras intenciones. Recordad lo dicho sobre las fuentes de la ciencia sagrada (4), como procura el divino Maestro remontarnos de su palabra al eterno principio de toda verdad y autoridad.—Su doctrina, dice, no es suya, sino de Dios que le ha enviado.—Su Padre, al enviarle, ha regulado con su mandato cuanto El debe decir y enseñar.—Habla como su Padre le ha dicho.—¿A qué viene ese derroche de humildad y deferencia? Es que Jesucristo, supremo Doctor de

*bene vivendo vestigia secuacibus imprimat quam loquendo quo gradiantur ostendat.... Ibi ergo Christo duce ad bellum procedunt qui hoc quod ore annuntiant opere ostendunt.*» (Curæ pastoralis, III, vi).

(1) Act., I, 1.

(2) Philip., II, 5.

(3) II Cor., IV, 11.

(4) Cap. II.

las almas docentes y discentes, no quiso abandonar el mundo sin enseñar á los apóstoles de los siglos venideros á dejarse llevar y dirigir por la Iglesia, encargada de continuar su misión doctrinal hasta el fin de los tiempos. Tenedlo muy presente: vuestra doctrina no ha de ser vuestra, sino de la Iglesia, que os envía.—La Iglesia dispone y ordena lo que habéis de decir y enseñar.—A vosotros toca hablar como la Iglesia mande; pues quien escucha á la Iglesia, á Jesucristo escucha; y quien desprecia á la Iglesia, desprecia á Jesucristo. Precaveos de toda novedad en la doctrina, sin otra intención que la de sentir y hablar cual siente y habla la Iglesia; y esto, no ya tratándose de dogmas definidos, sino aún de ciertas verdades especulativas y prácticas acerca de las cuales en ocasiones ha expresado tan claro su parecer, que no es posible orillarle sin herir profundamente el sentido cristiano, y más el espíritu apostólico.

Entraréis en los sentimientos de Jesucristo, renunciando en absoluto á vuestra propia gloria, para buscar en el ministerio de la palabra tan sólo la mayor y más pura gloria de Dios, según que á ello nos excita el Predicador divino con su ejemplo: *Ego non quero gloriam meam*. Como El, nada esperéis de los hombres, sino únicamente de Dios: *Est qui querat et judicet* (1). La

(1) Joan., VIII. 50.

preocupación del éxito humano por necesidad tiene que dañar á la sencillez, candor, rectitud y sinceridad de vuestra palabra, y todos los esfuerzos hechos por llamar sobre vosotros la atención irán en detrimento de los que debierais hacer por glorificar á Dios y salvar almas.

Por Dios, sed humildes; esta principal disposición de vuestra alma, mejor que los dones de naturaleza, os pondrá en vías de alcanzar los más legítimos y sólidos éxitos que desear puede un apóstol. Dad de mano á la vana complacencia, exagerada confianza en vosotros mismos y necia presunción, y sinceramente creed y confesad que necesitáis auxilios humanos y divinos.

Los auxilios humanos los habéis buscado en los maestros de la ciencia sagrada y modelos de cristiana alocuencia; y los hallaréis más apropiados á vosotros, y acaso más eficaces, en los consejos de los veteranos de la predicación. Con gusto verán que utilicéis el fruto de sus trabajos y experiencia, si los consultáis. Hacedlo con docilidad; ni seáis de esos vanidosos llenos de suficiencia y orgullo, infatuados con la más alta idea del propio talento, que creen rebajarse por pedir consejo. Aun entre iguales, podéis mutuamente ilustraros con fraternal y amistoso cambio de ideas, deseos y santas aspiraciones.

Mas el principal auxilio de que necesitáis, es

el divino. Buscadle y pedidle mediante la oración. «El predicador debe encomendar á Dios su persona y la de aquellos que han de recibir su palabra. Sea *orador* antes que *decidor*: *Sit orator antequam dictor*» (1). Orar es buscar la luz en su eterna fuente. Desvívase el hombre por cultivar su mente y dar á sus labios afluencia de palabras, de poco servirá si Dios no le ilumina. Este es el primero y sumo doctor de la humanidad, y de El procede toda luz. «El mismo Dios que dijo á la luz brotase de las tinieblas, es el que ilumina nuestros corazones y les comunica la ciencia» (2). Infundió en nuestra carne un soplo de su espíritu y á cada momento nos visita con sus inspiraciones. No en vano decía el Salmista: «El Señor es mi luz: *Dominus illuminatio mea*» (3). De tal modo es nuestra luz, que el Apóstol no teme afirmar nuestra «insuficiencia para producir ningún buen pensamiento como propio, sino que de El nos ha de venir: *Sufficiencia nostra ex Deo est*» (4).

Dad, pues, en vuestra vida amplio lugar á la

(1) «*Orando pro se et pro eis quos est allocuturus, sit orator antequam dictor.*» (*De Doctr. christ.*, IV, xv).

(2) «*Deus qui dixit de tenebris lucem splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris ad illuminationem scientiæ.*» (II Cor. IV, 6).

(3) Ps. 26.

(4) «*Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis, sed sufficiencia nostra ex Deo est.*» (II Cor., III, 5).

oración: á la oración que escucha, y á la oración que implora.

La primera es aquella en la cual contempláis y meditáis las verdades que habéis de predicar, prestando oído á las interiores palabras de Dios que os alienta, os ilustra y promete animar vuestros discursos. *Intus audiat antequam prædicet*: Oiga interiormente el predicador antes de hablar, exclama San Agustín. Vana será su voz exterior, si no la ha recibido de Dios en lo íntimo del alma» (1). Es el recogimiento de la oración tan excelente prelude de la palabra pública, que San Antonino de Florencia solía llamar al silencio padre de los predicadores: «*Silentium pater prædicatorum.*»

La oración que implora, es la elevación del corazón humilde que, no una vez, sino ciento y mil, antes y durante su trabajo, pide á Dios asistencia, y nada quiere sin su bendición; es la elevación del corazón fiel que repugna sacrificar á la ciencia los deberes de piedad.

¡Cuán inconsiderados son esos ciegos trabajadores que, confiándolo todo á la tarea material, economizan oración, por tener más horas de estudio! Tiempo, tiempo, repiten á cada paso, no es

(1) «*Intus audiat antequam prædicet. Verbi enim inanis est forinsecus prædicator, qui non est intus auditor.*» (Serm. 179. NATAL, ALEJ., *Institutio concionatorum*, XI, n.º LIII).

cosa de perderlo en interminables devociones. Discurren como Judas, y dicen de la oración lo que el discípulo infiel del bálsamo derramado por Magdalena á los pies del Salvador: *¿Ut quid perditio hæc?* Más que necedad, esto es blasfemia..... Necedad es no ver que Dios puede depararnos en un cuarto de hora lo que inútilmente hubiésemos buscado en dos ó tres horas de trabajo; y es blasfemia, toda vez que este dictamen vilipendia el divino auxilio, mereciendo que la más insistente labor y violentos esfuerzos de una naturaleza abandonada á sí misma, se vean condenados á vergonzosa esterilidad. Oigamos al príncipe de la elocuencia española: «Es tanta la fuerza de este apetito, que el ánima miserable viene á dejar el Cielo por la tierra, y el oro por la escoria, y á cerrar las puertas á las crecientes de la divina gracia, por abrirlas á la vena estéril de la sabiduría terrena. ¡Oh, si supiese, el que esto hace, cuánto es lo que Dios puede enseñar y en cuan poco tiempo, y cuan poco es todo lo que puede alcanzar el ingenio humano y cuan á la larga! Y ya que fuese mucho todo lo que por esta vía se alcanza, es cierto que todo ello aprovecha muy poco sin la sabiduría de Dios. Si alguno (dice el Sabio) fuese consumado en los hijos de los hombres, y careciese, Señor, de tu sabiduría, en nada será tenido» (1).

(1) GRANADA, *De la Oración y Meditación*, 2.<sup>a</sup> p., cap. IV, § X.

No incurráis, amados míos, en ese defecto: Orad mucho, orad á menudo y con fervor, y según consejo de San Agustín, «pedid á Dios que bendiga vuestro trabajo, y os conceda la gracia de decir bien lo una vez bien meditado: *Oret ut Deus sermonem bonum det in ore ejus*» (1).

Al orar por vosotros, pensad en las almas que queréis ilustrar, mover y convertir, y rogad por ellas. En el trato con las almas, creemos hablarles directamente, y nos engañamos: entre ellas y nosotros hay un intérprete invisible que explica, comenta y completa nuestros sermones. No nos engreiríamos tanto, y mayor fruto haríamos, si pensásemos más en su cooperación. No ya suple nuestra insuficiencia, sino que endereza nuestros desaciertos y repara nuestras torpezas.

Vaya el siguiente ejemplo:

Misionaba un predicador de poco talento y gran virtud en un pueblo de gente sencilla y cristiana, donde un hombre listo alardeaba de incredulidad. Al salir este de un sermón sobre la Providencia, en que el pobre orador había aducido débiles argumentos, le envió una serie de objeciones bien puestas y capaces de dar que hacer á un profesor de metafísica, prometiéndole convertirse

(1) *De Doct. christ.* IV, xv.

si le daba solución satisfactoria. Al infeliz misionero le entró frío sudor viendo el escrito. Si no respondía, quedaba vencida la palabra de Dios, y perdida la misión; y para responder, ¿cómo habérselas?...

Después de orar fervoroso, se avistó con un sacerdote instruído, rector de Seminario, humildemente le confesó su cortedad y compromiso, y le pidió respuestas concluyentes á los argumentos del incrédulo. El rector, movido de tanta sencillez, puso toda su ciencia al servicio del buen sacerdote, y le adiestró tan bien, que quiso ir él mismo á oírle para gozar del tiempo.

¡Qué derrota, Señor! El misionero, por apropiarse los razonamientos del otro, de tal modo los trastornó y desfiguró, que reforzaban las objeciones en lugar de resolverlas. El rector, que estaba al lado del cura, llamaba la atención á este, y le decía: «¿Ha visto V, que infeliz? Somos perdidos, todo lo contrario de cuanto le he dictado.» Huelga advertir que, acabado el sermón, se ausentó sin demora por no chocar con el desastroso orador. Más; cual no fué su sorpresa de ver que al día siguiente se le presenta modesto como de costumbre, y, sin saber como darle gracias, le exhibe estas palabras del disidente: «Padre, ha respondido V. con vigorosa lógica á todos mis reparos. Me rindo, y le suplico me señale hora para oírme

en confesión.» El predicador había desatinado, mas el intérprete hizo el gasto, en premio de su humildad y su fervor.

¡Oh Espíritu santísimo, que tornas en sabiduría nuestras ignorancias! te siento entre mi palabra y las almas que me escuchan. Habla conmigo y por mí; que perdida será mi voz, si no me secunda la tuya.

Con estos sentimientos pediréis y alcanzaréis los divinos auxilios necesarios para asegurar la eficacia de vuestra palabra apostólica. Ni os baste pedirlos vosotros; sino buscad y procurad ayudaros de almas santas y piadosas, capaces de comprender aquella voz de amor y de deseo que el Salvador exhaló en la cruz: «¡Sitio! ¡Sed tengo!» —No era sólo el clamor de su cuerpo extenuado por los horribles sufrimientos padecidos desde su agonía en la gruta de Getsemaní, ó expresión de la ardorosa fiebre que devora á los miserables condenados al suplicio de la cruz; era, más que nada, desahogo de su corazón víctima de amor inmenso á las almas, que quería rescatar y poseer en su totalidad. A su Padre las pedía, y á todo el género humano.

Pues esta sed del Salvador la comparten multitud de almas verdaderamente apostólicas, que ansían convertir el mundo entero á Jesucristo. Sin misión para propagar la verdad y la ley evan-

gética por medio de la palabra, oran sin cesar, y en silencio se sacrifican, mereciendo de Dios las gracias que animan el celo de los apóstoles, y á su voz dan poder sobre los corazones dispuestos por misteriosa unción del Espíritu Santo. Esas almas sedientas de conversiones las hallaréis en los claustros y aun en medio del siglo, donde viven ocultas á la sombra de modesta condición y vida oscura. A ellas acudid para que sean auxiliares de vuestra predicación con sus deseos y ruegos fervorosos; y responderán solícitas á vuestro llamamiento. Digo más: sin vosotros pensarlo, os ayudarán; y quedarais atónitos si Dios os revelase cuan pequeña parte os toca, y cuan grande es la suya, en vuestro apostolado.

Recuerdo haber leído que un célebre predicador fué en ocasión enviado á una ciudad famosa por sus desórdenes. Sería Nínive mayor, pero quizá no más culpable, y nuestro predicador hubiera hecho lo que Jonás, de no imponerse la obediencia á sus temores. Fué, angustiado, al lugar de su misión, esperando completo fracaso de su celo y elocuencia; mas á la angustia sucedió el asombro cuando se halló desde el primer día, con una muchedumbre atenta y recogida. Creyó que su fama era la causa, y aprovechó la circunstancia para desplegar en grande sus recursos. El resultado iba siendo magnífico: según adelantaba

la misión, los corazones más rebeldes cedían á la acción de la gracia; y al fin, la nueva Nínive quedaba convertida. Dada la flaqueza humana, no hay que decir que el apóstol, lisonjeado con tan prodigioso éxito, sin desvanecerse, respiró á sus anchas el incienso que por doquiera se le prodigaba. Pero si algún movimiento de vanagloria había tenido, caro le resultó. Era tan piadoso como elocuente; y orando, Dios le manifestó el humilde lego que solía acompañarle en sus misiones, rezando con fervor, durante el sermón, el rosario y las letanías de los santos. Este era quien ponía al Cielo en conmoción y alcanzaba la conversión de los pecadores; con ser hombre insignificante y quizá desestimado, determinaba, con sus oraciones, la corriente de los divinos auxilios y atraía de las alturas los frutos de gracia atribuídos al celo apostólico y elocuencia del orador. Maravilla que no hemos de olvidar y nos hará buscar en la Iglesia almas ocultas é ignoradas, asociadas á la obra de nuestro ministerio, para implorar su ayuda y profesarles entrañable gratitud.

Como compendio de todo lo dicho sobre disposiciones del alma y auxilios divinos, os invito á nuevo estudio de los modelos de elocuencia sagrada. Elegid los que se distinguieron en santidad,



unión con Jesucristo, recogimiento y amor de la oración y de las almas. Miraos bien en ellos, é imitadlos con preferencia á todos los demás. Estos hicieron de la elocuencia sagrada un arte sublime, los santos convirtieronla en fecunda virtud. Ved ahí el por que de su bienhechora influencia sobre las almas, y de los admirables frutos de gracia y de salud que han producido en la Iglesia. Comparémoslos con los miserables de nuestra palabra, y, llenos de saludable confusión, digamos á Dios: «Señor, mi vanidad ambiciona predicar á lo grande; pero no, Dios mío, concededme el don de predicar á lo santo».

## CAPÍTULO XI

### PREPARACIÓN PRÓXIMA

Para más útil preparación de los sermones, debéis conocer á vuestro auditorio ausente, enterándoos de los obispos ó curas que os hayan llamado á ejercer el ministerio evangélico. Es este un acto de respeto y deferencia debido á su autoridad, no menos que excelente medida para disponer la materia y orden de vuestras predicaciones. Importa sepáis con que gente váis á tratar, cual es el nivel de su cultura, instrucción y prácticas religiosas, costumbres, pasiones dominantes y vicios más comunes, por que medios se les atraerá á oír con gusto y corresponder á la palabra de Dios. Cuanto mejor os impongáis en todos estos puntos, menos tiempo perderéis en andar á tientas, ó azotar al aire. Llegaréis á lugar ya conocido, y no os mirarán como á extraño, sino que, gracias á esa correspondencia delicada y llena de interés, lograréis cordial recibimiento y hospitalidad.

Habéis llegado y saludado, cual conviene, al